

SHEEHAN QUIRKE

@CULTURALTUTOR

EL



TUTOR

CULTURAL

TODO LO QUE QUISIERAS
HABER APRENDIDO EN LA ESCUELA
EN 49 LECCIONES

DESTINO



Sheehan Quirke
@culturaltutor

El tutor cultural

**Todo lo que quisieras haber aprendido
en la escuela en 49 lecciones**

Traducción de Andrea Montero Cusset

© Sheehan Quirke, 2025

First published as *The Cultural Tutor* in 2025 by Viking, an imprint of Penguin General which is part of the Penguin Random House group of companies.

© de la traducción, Andrea Montero Cusset, 2025

Iconografía: DAU, Grupo Planeta.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-233-6841-9

Depósito legal: B. 15.420-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

Preludio	13
----------------	----

El primer pilar ¿CÓMO HEMOS LLEGADO AQUÍ?

1. Esqueumorfos	21
2. Consultas sobre los permisos postales	26
3. La Sexta Edad	37
4. 9.192.621.770	47
5. «Canto a las armas y al hombre...»	55
6. Lionel Messi y Giovanni Battista Tiepolo	64
7. ¿Qué forma tiene la historia?	70

El segundo pilar OBSERVAR LOS ENGRANAJES

1. ¿Dónde vive Zeus?	81
2. <i>Barba non facit philosophum</i>	91
3. Cabecear a hombros de gigantes	99
4. Sobre los caquistócratas	106
5. Tú y yo, y el <i>signor</i> Cremonini	115
6. Napoleón frente a los frigoríficos	123
7. ¿Por qué se vuelve gris el mundo?	129

El tercer pilar
EL LENGUAJE DEL MUNDO

1. ¿Por qué Ron Weasley no vive en una mansión minimalista?	143
2. <i>Cor magis tibi sena pandit</i>	151
3. Orden y libertad.	158
4. Sobre los orígenes de los tentáculos	169
5. <i>Je sais quoi</i>	179
6. La revolución del aire acondicionado	189
7. El templo del pabellón dorado	196

El cuarto pilar
APOCALIPSIS Y GÉNESIS

1. Caballería en el refectorio	207
2. ¡Amor!	216
3. Un roble	226
4. A través del mármol oscuro	234
5. Las artes menores.	246
6. Humpty Dumpty y Homero	253
7. ¿Tiene razón <i>Hamlet</i> ?	261

El quinto pilar
LA MAGIA EXISTE

1. Sobre el cálculo de la circunferencia de la Tierra	271
2. Una mente propia	277
3. El mercader de grano de Rodas	284
4. Escenario y salvación	290
5. ¡¿Me estás hablando a mí..., Cicerón?!	297
6. Consideraciones objetivas sobre fenómenos contemporáneos.	307
7. <i>Ough, Ough, Ough, Ough, Ough, Ough, Ough, Ough</i>	316

El sexto pilar
CÓMO VIVIR (Y CÓMO MORIR)

1. El juicio de Sócrates.	327
2. Donde Jenofonte y Mulan se unen.	335
3. La venganza de los estoicos.	343
4. El arte de no hacer nada	351
5. Diez duovigintillones de años.	359
6. Melancolía	367
7. Muerte, tú morirás.	374

El séptimo pilar
ASÍ SON LAS COSAS

1. <i>Ché da le reni tornato 'l volto...</i>	385
2. Brasas de enebro.	393
3. El aullido de Garmr.	400
4. Oh, Bezalel, ¿adónde has ido?	407
5. El cuanto del campesino	413
6. La última biblioteca de la Tierra.	422
Epílogo	429
Agradecimientos	435
Lista de imágenes.	437
¿Qué leer a continuación?	449
Notas.	455
Créditos de las imágenes.	475

I

ESQUEUMORFOS

Pues lo que de un lugar desaparece
Es con la marea a otra parte llevado
Pues nada que pueda encontrarse se pierde, si es buscado.

EDMUND SPENSER, *La reina de las badas*

En 1889, un arqueólogo llamado Henry Colley March estaba examinando cerámica antigua cuando se topó con algunas vasijas de barro con decoraciones que semejaban cuerdas enrolladas. ¿Por qué tenían ese aspecto? Antes de la cerámica, la gente utilizaba cestos. Y, cuando empezaron a modelar vasijas de barro, advirtió March, imitaron la apariencia de esos cestos. El tejido no crea un patrón bonito, pero con los cestos había sido necesario. Con las vasijas de barro, sin embargo, esas formas se convirtieron en algo puramente decorativo. March acuñó una palabra nueva para describir este fenómeno: *esqueumorfo*. En griego antiguo, *skeuos* quiere decir ‘herramienta’, y *morphe*, ‘forma’; juntos significan ‘con forma de herramienta’. De modo que un esqueumorfo es un invento nuevo diseñado para tener el aspecto de aquello a lo que sustituye, aunque no lo necesite. Pero los esqueumorfos no se limitan a la cerámica antigua, están por todas partes.

Si utilizas Microsoft Word, te insto a echar un vistazo a la esquina superior izquierda, al botón de «Guardar». ¿Qué es? Un

disquete, pese a que quedaron obsoletos hace veinte años. Las cámaras de los móviles no tienen obturador, pero emiten un clic, como las físicas. El logo de Gmail imita un sobre a pesar de que no implica ni papel ni franqueo alguno. ¿Qué sentido tienen los esqueumorfos? No hay ninguna necesidad intrínseca de que las páginas web cuenten con una cesta de la compra representada por una pequeña imagen de un carrito físico, pero cuando tiene esa apariencia entendemos qué es de manera intuitiva. Así pues, los esqueumorfos facilitan la comprensión de la nueva tecnología. Dicho esto, a veces son meramente estéticos. Las rejillas de ventilación solo las necesitan los vehículos con motor de combustión, pero, como un coche sin parrilla resulta extraño, los diseñadores las han conservado en los eléctricos.

Con el tiempo, olvidamos de dónde proceden nuestros esqueumorfos y sencillamente pasan a ser «lo normal». Echa una ojeada a la Casa Blanca, en Washington D. C., por ejemplo. Observa bien las columnas de la fachada norte. Fíjate en que cada una de ellas tiene adornos en forma de espiral. Se denominan *volutas*.



¿Por qué están ahí? Hace miles de años, los templos griegos —en los que se inspiró la arquitectura neoclásica de la Casa Blanca— se construían con madera, y sus columnas eran vigas de este material. A veces se decoraban con los cuernos curvados de carneros. Cuando los griegos empezaron a construir con piedra, continuaron con todos los rasgos originales de los edi-

ficios predecesores, incluidos los cuernos curvados, que se convirtieron en volutas en mármol. Varios miles de años después, estos cuernos petrificados adornan la residencia del presidente de los Estados Unidos de América. ¡Curioso!

Espero que entiendas por qué he escogido los esqueumorfos como punto de partida: porque son un recordatorio excelente de cómo el pasado da forma al presente, de la historia. Como escribió Thomas Carlyle, poeta e historiador: «El día más pobre que nos sobreviene es la confluencia de dos eternidades; lo constituyen corrientes que brotan del pasado más lejano y fluyen hacia el futuro más lejano».¹

Nosotros no construimos el mundo en el que vivimos. Todo lo que decimos, pensamos y hacemos (además de todo lo que somos capaces o incapaces de hacer) ha sido determinado por personas que ya no están. ¿Por qué un año tiene trescientos sesenta y cinco días, un mes tiene treinta (o treinta y uno, o veintinueve, o veintiocho) días, una semana siete días, un día veinticuatro horas y un minuto sesenta segundos? Menudo lío. Podemos agradecerérselo a los mesopotámicos, a los egipcios, a Julio César, a matemáticos indios, a estudiosos hebreos, a astrónomos griegos y al papa Gregorio XIII. Nos hallamos empapados de ideas y sistemas heredados que hemos aceptado, sin pensarlo, a medida que nos los encontrábamos. Incluso las palabras que estás leyendo fueron creadas por generaciones que desaparecieron largo tiempo atrás. ¿Y quién construyó las calles por las que transitas, decidió que debías estar en ese lugar en concreto, ir en esa dirección en particular? Por lo común, recorremos los mismos caminos que la gente de hace siglos porque un pastor decidió edificar su cabaña allí o porque era la ruta comercial más fácil para una carreta. Fíjate en cómo se llaman las cosas y aprenderás mucho. *Julio* proviene de Julio César; *domingo* es una corrupción de *dies dominicus*, ‘día del Señor’. Las pistas que conducen al pasado se encuentran en el presente; el pasado es el presente.

Quizá te muestres escéptico acerca de lo que estoy diciendo. ¿El iPhone —podrías preguntar— no es nuevo por comple-

to? Pero sin los transistores el iPhone no funcionaría, y el transistor se inventó en 1947. Y el transistor no podría haberse inventado sin la silicón, aislada por primera vez en 1824 por Jöns Jacob Berzelius. Berzelius solo obtuvo ese resultado gracias a las teorías químicas del francés Antoine Lavoisier, publicadas cuatro décadas antes. Es más, Lavoisier jamás las habría formulado sin los experimentos vanguardistas del químico escocés Joseph Black. Black llevó a cabo dichos experimentos con instrumental alquímico de, entre otros materiales, cristal, inventado hace cuatro mil años en la antigua Mesopotamia, presumiblemente por accidente. Pero la producción de vidrio se hizo posible solo gracias al calor generado por la metalurgia, que la humanidad inició hace al menos diez mil años. La metalurgia no se habría dado sin el fuego, cuyo dominio, mucho antes de eso, siempre será un misterio. En resumen: el iPhone que tienes en tus manos no existiría si nuestros ancestros no hubiesen logrado todas estas innovaciones a lo largo de tantos milenios. Y eso por no mencionar todo lo que se necesitó además para que surgieran estos descubrimientos: la ley, las matemáticas, el trabajo organizado, el papel, la traducción, los transportes internacionales, etcétera. En palabras de Steve Jobs:

Hablo una lengua que ni he inventado ni he perfeccionado. No he descubierto las matemáticas que utilizo... Me protegen leyes y libertades que ni he concebido ni he legislado, y no hago cumplir ni decido... No he inventado el transistor, ni el microprocesador, ni la programación orientada a objetos, ni la mayor parte de la tecnología con la que trabajo.²

Este bagaje histórico —las cosas que hemos heredado, desde sistemas políticos enteros hasta palabras individuales, que por fuerza nos limitan— es precisamente el motivo por el cual algunas personas han intentado empezar de cero. Durante la Revolución francesa, por ejemplo, se sustituyó el antiguo calendario por uno con semanas de diez días, además de nuevos nombres para los meses y los días. Este cambio no perduró,

pero otros, como la introducción de metros y gramos, sí. Tal es la historia de la civilización. Nunca podemos empezar de cero de verdad, pero podemos decidir cómo reaccionamos y lidiamos con nuestro pasado, sumando poco a poco a lo que hemos heredado o restándolo.

Así pues, la historia importa porque no tenemos elección: nos guste o no, nos acompaña. El pasado se cuele sin cesar en el presente. No es solo la historia de lo que ha ocurrido, sino la de lo que está ocurriendo. Y así, incluso si deseamos ignorar la historia, al menos deberíamos saber qué es lo que estamos ignorando. En palabras de Cicerón, estadista romano, que escribió en el siglo I a. C: «Si desconoces lo que ocurrió antes de que nacieras, siempre serás un niño».³

Veamos de qué va la historia, entonces. Colguemos como el dios nórdico Odín del árbol Yggdrasil, el árbol del cosmos, cuyas raíces se extienden por debajo de la tierra y cuyas ramas ascienden al cielo, para ver qué percibimos en la oscuridad de épocas pasadas. Las luces se apagan, sube el telón y emprendemos nuestro viaje a través del tiempo y el espacio...

CONSULTAS SOBRE LOS PERMISOS POSTALES

Ve a Roma, a la vez el Paraíso,
la tumba, la ciudad y el desierto.

PERCY SHELLEY, *Adonais*

Llegamos al siglo v a. C. Están ocurriendo muchas cosas. El mundo es joven y tiene la sangre caliente. Se está gestando un extraño despertar. Siddharta Gautama predica en las colinas del norte de la India; Confucio enseña en las montañas de Shandong; los escritores hindúes componen las *Upaniṣad* en los bosques del alto Ganges; los escribas hebreos dan su forma final al Génesis; un hombre llamado Sócrates deambula por Atenas. Sí, por extraño que parezca, todas estas cosas están ocurriendo muy cerca en el tiempo: una época de la humanidad está llegando a su fin, fundiéndose como cera ante el resplandor de algo nuevo. Se están sentando las bases de una nueva era, las bases sobre las que se erige el mundo moderno.

Pero ¿dónde se originó la civilización? ¡Un misterio de solemnidad! Basta decir que venía de lejos. El *Homo sapiens* ya llevaba trescientos mil años caminando sobre la Tierra antes de que nuestros ancestros de Oriente Medio dejaran de vivir únicamente de la caza y la recolección y empezaran a cultivar la tierra. Este proceso se había iniciado, de forma muy aproximada, en el 10000 a. C., pero transcurrieron otros seis mil años

antes de que la civilización se desarrollara por completo. Nos asentamos. Erigimos ciudades. Con una ciudad llegan una población, la ley, oficios, comercio y política; la civilización despertaba en los corazones de la humanidad. La llama se prendió durante el cuarto milenio a. C. en Mesopotamia, el Irak moderno. Fue entonces cuando comenzó a registrarse la historia, gracias a la invención de la escritura. Poco después surgieron civilizaciones de manera independiente en Egipto, en el valle del río Indo, en China, en el golfo de México y en la costa de Perú.

Así pues, antes de que ni griegos ni romanos hubieran llegado a tallar una voluta, los mesopotámicos habían inventado la escritura y la rueda, los egipcios habían erigido sus pirámides y, muy lejos de allí, se desarrollaban las vigorosas civilizaciones de la India y China. ¿Por qué entonces pensamos siempre en Grecia y en Roma? Porque la historia (por lo general) la escriben los vencedores, y su cultura —para bien o para mal— salió victoriosa: sus ideas, leyes, arte, literatura y lengua. *Democracia*: el vocablo y el concepto son griegos; *república* viene del latín, y los nombres de nuestros planetas, también. Mires a donde mires, no puedes evitar encontrar huellas grecorromanas por todo el siglo XXI. Y así, quizá porque Grecia y Roma impregnan nuestra cultura —incluida la popular: películas como *Troya* o las dos *Gladiator*, además de incontables novelas, videojuegos y programas de televisión—, se sobreentiende que todo el mundo está al tanto de lo básico. Pero no creo que sea cierto. Yo, por ejemplo, no tenía ni idea de quién había venido primero, si los griegos o los romanos.

Mi propósito en este capítulo es dar forma sólida a cualquier ilusión vaga que tengas en relación con estas dos sociedades de las que no podemos parar de hablar. Espero que te ayude a dotar de sentido a distintas cosas que quizá ya sepas o de las que hayas oído hablar, y a poner nombres a caras y fechas a lugares.

Empezaremos con una palabra: *clásico*. *Clásico*, *los clásicos* o *la antigüedad* hacen referencia al periodo que va del 500 a. C. al 500 d. C., un lapso de mil años en el que floreció la civilización

grecorromana. Primero vinieron los griegos. Sus orígenes se remontan mucho más atrás en el tiempo, pero hacia el 500 a. C. se habían convertido en la sociedad en la que solemos pensar en la actualidad cuando hablamos de la Grecia antigua. Lo crucial es que esta *Grecia antigua* no era un país. Era un conjunto de ciudades independientes y a menudo en conflicto situadas alrededor del Mediterráneo, muchas en la costa de la Turquía moderna, otras en Sicilia, Francia, Egipto y Líbano, y alrededor del mar Negro, en Ucrania y Bulgaria. Estas ciudades se hallaban vinculadas por su legado, lengua, religión y (quizá sorprendentemente) deporte. Nuestras Olimpiadas modernas surgieron de las Olimpiadas griegas originales, que fueron las más importantes de los cuatro Juegos Panhelénicos, a los cuales luchadores, lanzadores de disco, velocistas y boxeadores viajaban desde lejos para ganar la gloria en nombre de su ciudad, recibir las cintas de la victoria y que sus retratos se tallaran en mármol o se fundieran en bronce. Los eruditos griegos incluso databan su historia en *olimpiadas*, intervalos de cuatro años medidos desde los primeros Juegos Olímpicos, instaurados por el mítico Heracles en el 776 a. C.



La ciudad —la *polis*— era la unidad básica de la sociedad griega. Se trataba de localidades independientes con sus propios sistemas políticos: algunas estaban regidas por reyes, otras por aristocracias y otras por asambleas. En el 490 a. C., estas ciudades se unieron contra el Imperio aqueménida (o persa). Los persas habían erigido el primer imperio auténtico de la historia, un

Estado vasto y sofisticado que se extendía desde la India hasta los Balcanes, pero, a pesar de toda su riqueza y poder, no lograron superar a los griegos. Los griegos se unieron de nuevo en el 480 a. C. para repeler otra invasión persa y, tras varias batallas legendarias (incluida la de las Termópilas, representada en la película *300*, de 2006), salieron victoriosos. Atenas se convirtió en la ciudad griega más poderosa y, con un estadista llamado Pericles gobernando su democracia, disfrutó de una edad de oro del arte, la literatura y la filosofía. La mejor representación de este esplendor ateniense se halla en el Partenón, finalizado en el 432 a. C., ese templo que es probable que hayas visto estampado en un montón de folletos de vacaciones en Grecia.

Sin embargo, esta época dorada no duró. La guerra del Peloponeso concluyó con la democracia derrocada y Esparta —la gran rival de Atenas, una ciudad con una cultura militar conocida por todos— triunfante. A continuación, otra ciudad, Tebas, se alzó para aplastar a Esparta; y Tebas se desmoronó a su vez. La *polis*, pese a ser terreno fértil para la ciencia y la filosofía, era incompatible con la unidad política.

Alguien más tendría que acometer la unificación por ellas... y lo hizo: el rey Filipo de Macedonia, cuyo reino se extendía justo al norte. Para el 337 a. C., se había convertido en el soberano de Grecia. Pero Filipo fue asesinado por un guardia que buscaba fama, al igual que su hijo, Alejandro (más adelante, Magno), cuya intención era cumplir el último sueño de su padre y de todos los griegos. En menos de una década, este había aplastado al Imperio persa y había conducido a sus ejércitos hasta el Hindu Kush. Pero en el 323 a. C., tras una larga noche empujando el codo, Alejandro Magno murió. Su imperio se escindió entonces en reinos gobernados por sus generales. Estas conquistas marcaron el inicio del helenismo,* un periodo en el que la cultura griega dominó desde Egipto hasta Afganistán.

* Denominada así porque los griegos se referían a la nación entera como *Hellas*, y a sí mismos, como *helenos*.

¿Y qué hay de Roma? Cuenta la leyenda que fue fundada en el 753 a. C. por Rómulo, que había sido amamantado por una loba y era descendiente de Eneas, el príncipe que huyó de Troya cuando los griegos la asediaron con su caballo de madera.* Bueno, ya sea mito o realidad, los primeros días de Roma los explica de manera bastante concisa Tácito, un historiador romano que vivió en el siglo I d. C. Esta es la primera línea de sus *Anales*:

Al principio, Roma fue gobernada por reyes.¹

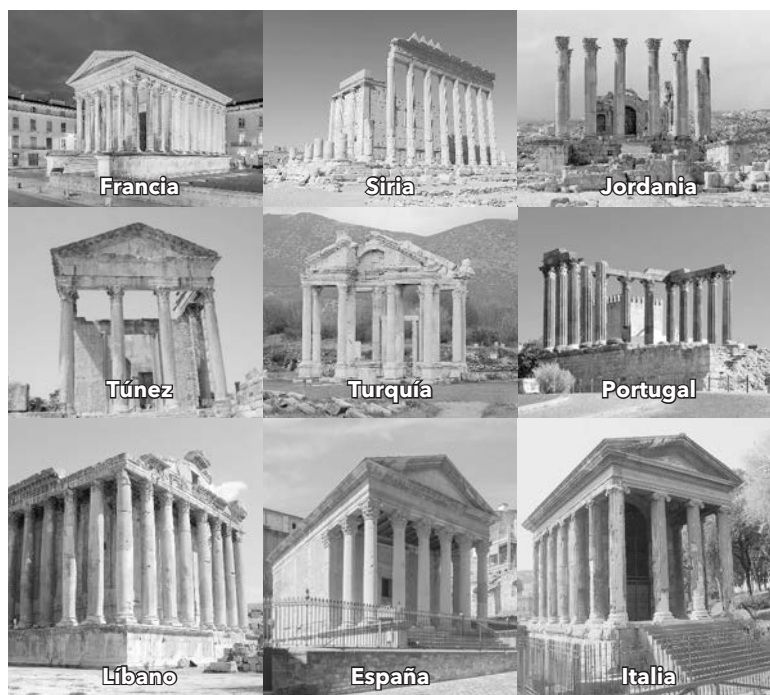
Sí, ¡había siete reyes de Roma! Sin embargo, en el 509 a. C. un hombre llamado Bruto lideró una revuelta e instauró la República romana. Durante las guerras médicas, como se denomina al conflicto entre Grecia y Persia, habría resultado irrisorio sugerir que esta ciudad italiana de escasa importancia las eclipsaría a ambas..., pero eso es justo lo que ocurrió. Roma conquistó la península itálica y luego entró en guerra con los cartagineses, un antiguo reino situado en lo que hoy conocemos como Túnez. Fue en la segunda de estas guerras cuando Aníbal de Cartago viajó con sus elefantes a través de España, por la costa francesa y los Alpes hasta entrar en Italia, a la que aterrorizó durante una década. Al final estos invasores se vieron expulsados de vuelta a Cartago y derrotados. Corría el año 202 a. C. Sesenta años más tarde, los romanos habían ocupado también Grecia y Macedonia. En resumidas cuentas: esta república ya no era una simple ciudad.

Así, quizá de manera inevitable, para el siglo I a. C., Roma había crecido demasiado para su constitución republicana. Siguieron incesantes conflictos. Julio César anexionó la Galia, la Francia actual, y un general rival llamado Pompeyo extendió el territorio romano hasta Oriente Medio. Estos hombres no podían compartir la república, de modo que lucharon por ella.

* Esta guerra de Troya, casi mítica, supuestamente tuvo lugar alrededor del 1200 a. C., mucho antes del auge de la cultura clásica.

César ganó y se convirtió en «dictador de por vida». En el 44 a. C., los últimos vestigios del espíritu republicano se canalizaron en un hombre llamado Bruto, descendiente de ese mismo Bruto que instaurara la república por primera vez. Se unió a un grupo que conspiraba contra el dictador, y el César fue asesinado. Ascendió al poder Octavio, el heredero de César, que ganó sus propias guerras civiles y reerigió la república en torno a sí mismo. La constitución romana no incluía a ningún rey, pero Octavio, a quien el Senado proclamó Augusto en el 27 a. C., se había convertido en emperador *de facto*.

Luego siguió la Pax Romana, o ‘paz romana’, cuando Roma era un solo Estado que se extendía desde España hasta Arabia Saudí, con sus famosas legiones a lo largo de las fronteras. Todas las provincias se hallaban conectadas por vías extensas y bien conservadas. Los puentes salvaban abismos antes infran-



La misma arquitectura romana en tres continentes.

queables, los acueductos llevaban agua fresca a las ciudades, y las villas contaban con calefacción bajo el suelo. Había baños públicos, teatros y estadios en todas las ciudades. Se pusieron de moda nuevos peinados y las librerías se hallaban surtidas de la última poesía. Había brigadas de bomberos, un servicio de correos, normas de tráfico, códigos de edificación, incentivos tributarios y derechos ciudadanos. Las leyes eran uniformes a lo largo de miles de kilómetros y la arquitectura era la misma en tres continentes. Incluso existía un estado del bienestar, con miles de ciudadanos viviendo del *subsidio de cereales*. Esa pequeña ciudad había avanzado mucho.

Pero, si Roma acabó imponiéndose en el plano político, ¿por qué decimos *greco-romano*? Porque los griegos conquistaron a sus conquistadores con la cultura. Todo romano educado hablaba griego y admiraba el arte y la literatura helénicos. Solo dos ejemplos de hasta qué punto lo griego permeó en Roma son que el emperador Marco Aurelio escribió sus famosas *Meditaciones* en griego, no en latín, y que la filosofía del estoicismo también se originó en Grecia. Así pues, los rudos romanos se habían helenizado. Y al final también fueron cristianizados. Si bien al principio el régimen romano persiguió a los discípulos de cierto advenedizo galileo llamado Jesús, la fe cristiana acabó ganando la guerra de ideas. En el 380 d. C., el cristianismo se convirtió en la religión del imperio y se cerraron los templos de los dioses paganos.

¡Basta! Eso han sido un montón de datos —fechas, nombres y lugares— en rápida sucesión. Te he proporcionado datos, pero ¿qué hay de los sentimientos? Creo que deberíamos echar un vistazo a la historia de un hombre que nació cerca del lago Como en el año 61 d. C., al que crio su madre y educó su padre. Se llamaba Plinio el Joven. En Roma estudió bajo la tutela del gran retórico Quintiliano y (tras ser testigo de la erupción del monte Vesubio) se embarcó en una carrera en derecho de sucesiones, aunque también procesó a funcionarios corruptos ante los tribunales romanos. Ayudó además en el tesoro e incluso acabó como gobernador de una provincia llamada Biti-

nia, en el norte de la Turquía moderna. Pero Plinio no destaca por su carrera. Es por sus cartas (publicadas en vida) por lo que lo recordamos. La poesía épica, las grandes hazañas y las lúgubres estatuas puede que hagan parecer distantes a los clásicos. Pero Roma cobra vida con Plinio, porque la vemos a través de los ojos de alguien que sencillamente vivía allí.²

Cuando reprende a un amigo, Fabio Justo, por no dar señales:

No he tenido noticias tuyas en mucho tiempo, y no puedes decir que no tienes nada de lo que escribir porque al menos puedes escribir eso.

Cuando se queja a Calvisio Rufo sobre los aficionados a los deportes:

Habían empezado las carreras, un tipo de espectáculo que nunca me ha atraído lo más mínimo. No les encuentro nada nuevo o distinto: me basta con verlas una vez, así que me sorprende todavía más que tantos miles de hombres adultos sientan una pasión tan infantil por ellas.

Cuando le dice a su esposa, Calpurnia, que la echa de menos:

Yo también estoy leyendo siempre tus cartas y regresando una y otra vez a ellas como si fuesen nuevas para mí, pero esto solo aviva el fuego de mi añoranza.

O al escribir al emperador Trajano, en un intento de comprender el servicio postal:

¿Los permisos para utilizar el Correo Imperial son válidos una vez que ha expirado la fecha y, de ser así, durante cuánto tiempo?

Plinio no se cuenta entre los poetas, filósofos o guerreros que suelen imponerse en las conversaciones sobre Grecia y Roma. Plinio era un hombre sencillo: pragmático, sensible y optimista. Como escribió a Valerio Paulino:

Así pues, debemos trabajar en nuestra profesión y no convertir la holgazanería de otros en una excusa para la nuestra. No escasean los lectores y oyentes; es tarea nuestra producir algo que merezca la pena escribir u oír.

En algunos aspectos, pues, la Roma cosmopolita nos resulta sorprendentemente familiar. Otro ejemplo es el deporte. No hace mucho, el futbolista Kylian Mbappé rechazó un acuerdo potencial de mil millones de dólares que le habría llevado a jugar para el equipo saudí Al-Hilal, pero eso no le habría convertido en el deportista mejor pagado de la historia. Ese fue Gayo Apuleyo Diocles, un auriga procedente de la provincia de Lusitania, el Portugal moderno. Había cuatro *factiones*, o ‘equipos’, en las carreras de cuadrigas romanas: verde, rojo, blanco y azul. Se trataba de organizaciones profesionales con sus propios establos, entrenadores, criadores, aurigas y broncos seguidores. Gayo debutó con los blancos a los dieciocho años. Siete años después, y tras una racha lamentable con los verdes, se unió a los rojos. Ahí permaneció quince años, ganó más de mil carreras y se retiró a la edad de cuarenta y dos. ¿Dónde corrió Gayo? En el Circus Maximus de Roma, ahora una ruina, pero tiempo atrás un circo que albergaba como mínimo a ciento cincuenta mil espectadores. Dos monumentos erigidos en su honor registran las estadísticas de su trayectoria —4.257 carreras y 1.463 victorias— y el dinero total que ganó: 34.683.120 sestericios (se calcula que el equivalente de unos quince mil millones de dólares de hoy). ¿Qué dice de la sociedad romana el hecho de que la gente normal y corriente tuviera suficiente tiempo, y que hubiera tanto dinero en el sistema, como para sustentar una escena deportiva tan colosal? El Coliseo albergaba a ochenta mil espectadores, lo

que lo convierte en un anfiteatro enorme incluso para la norma actual, y tan solo era uno de los varios centenares ubicados por toda Europa. Esta cultura de entretenimiento de masas no dista tanto de la nuestra.

En cuanto a qué veían en esos anfiteatros..., en eso radica parte de la diferencia: hombres y bestias luchando a muerte. La fascinación de los romanos por los oráculos y los augures también nos resulta extraña: sacerdotes que estudiaban los cielos en busca de instrucciones y examinaban las tripas de las ovejas para tomar decisiones militares. Y no podemos olvidar la omnipresencia de la esclavitud en el mundo grecorromano,* junto con otras atrocidades permitidas legalmente de un tipo que hoy preferiríamos no imaginar. Basta con señalar este ejemplo breve de la legislación romana, recogido en las leyes de las doce tablas, del año 449 a. C.: «A un niño notablemente deforme se le matará de inmediato».³

¿Qué ocurrió con el Imperio romano al final? Un ciudadano romano en la época de la Pax Romana seguramente habría dado por sentado (como muchos de nosotros tendemos a pensar de la nuestra hoy) que su civilización duraría para siempre. Pero, por una mezcla de decadencia, atrofia política, migración masiva, guerra, recesión económica y los últimos estertores de la guerra civil, empezó a deteriorarse. Así pues, la civilización de Roma no «cayó» de la noche a la mañana: fue desangrándose hasta la muerte cuando dejaron de escribirse libros, el Senado interrumpió sus reuniones, los cinces se silenciaron y los puestos de avanzada sucumbieron, todo hasta que el último emperador romano occidental, llamado Rómulo por un giro del destino, fue destituido en el 476 d. C.** Mil años de Grecia y Roma habían exhalado su último aliento... por un tiempo.

* Aunque, dicho esto, un esclavo romano podía cambiar su estatus legal. Pallas, un ‘hombre libre’ (como se llamaba a los que habían sido esclavos), se convirtió en uno de los hombres más ricos de Roma bajo el mandato del emperador Claudio. Sí, había incluso movilidad social, ¡varios emperadores eran hijos de campesinos!

** El Imperio se había dividido en dos y la parte oriental sobrevivió

Porque nadie se ha olvidado de Roma. Después de todo, aún hoy no hay trecho de treinta kilómetros en Europa sin alguna carretera, viaducto, alcantarilla o templo romano, y un torso de mármol roto debajo de la cebada o un puño de bronce en las algas. Roma perduró como telón de fondo de la Edad Media: sus sistemas se transformaron en la Iglesia católica; el rey Carlomagno, de la Edad Oscura, se declaró *emperador del sacro Imperio romano*, y la filosofía antigua sentó las bases de la erudición medieval. Con el tiempo, la cultura grecorromana «pura» se restableció de manera consciente durante el Renacimiento, a partir del siglo xv. A continuación, en las centurias que siguieron, se establecieron los cimientos de nuestro mundo moderno, entre ellos la Revolución Científica, la Ilustración y la Revolución Industrial.

Pero, ¿quién soy yo para hablar? Los parlanchines griegos y los chismosos romanos te hablarán de sí mismos: los fragmentos de Safo, las odas de Píndaro, las épicas de Homero y Virgilio, las mitologías de Ovidio, las cartas de Séneca, las geografías de Estrabón, los diarios de viaje de Pausanias, la filosofía-poesía de Lucrecio, los discursos de Cicerón, las biografías de Plutarco y Suetonio, los diarios de César... Está todo ahí, algunos son magníficos, otros tediosos, otros demasiado obscenos para reproducirlos. ¿Quieres saber sobre los griegos y los romanos? Pregunta y ellos te responderán.

otros mil años como Imperio bizantino. Sin embargo, no se llamaban *bizantinos* a sí mismos. Ese nombre lo acuñaron eruditos posteriores. Proviene del antiguo nombre de la capital, Constantinopla, que tiempo atrás se había denominado Bizancio (y que ahora se conoce por otro nombre: Estambul). Los bizantinos del momento se autodenominaban *romanos*.